

Sobrios conceptos, sensuales apariencias

Me gustaría poder leer todo lo que existe tras las imágenes, -a menudo muy poderosas imágenes-, que ilustran los libros de Javier Flores. Cada una de ellas ha quedado presa allí, entre los cristales de la férrea encuadernación, por un motivo, siendo todos esos motivos, posiblemente, fruto de la necesidad de ver unidos la realidad y el deseo, de tender un puente entre la experiencia y la imaginación, algo que queda de manifiesto en el juego alegórico que tanto interesa al artista.

Flores compagina la conciencia y el instinto y confecciona página tras página un recorrido emocionado y emocional en el que abundan las grafías y el misterio, el símbolo y la explicación, el sentido del discurso y el artificio del jeroglífico. El resultado es una obra que expresa y refleja los caminos entre la realidad y el subconsciente, caminos que reciben la afluencia de múltiples informaciones, unas veces descifrables y otras condenadas a permanecer reducidas al estado de clave para siempre.

Muchos creadores realizan habitualmente una práctica que se da en clasificar como “libro de artista” y que en cierta manera se considera como un aspecto complementario de su trabajo. En el caso de Javier Flores, los libros –verdaderas esculturas por otra parte en las que es posible el recorrido, la secuencia y hasta la intervención- constituyen el punto de partida y la meta de un proceso entramado, urdido y contemplado según una buena estrategia, dejar pruebas gráficas de todo aquello que aflora desde la mente del artista y que de alguna manera compone su paisaje interior. Porque no cabe duda que en cada página hay testimonios de ello condensados en imágenes tan rotundas y con significados tan evidentes como el laberinto y el árbol, el rostro y el cuadrado, imágenes que crean para algunos emblemas míticos un contexto prácticamente cotidiano.

En el arte actual es importante la contemplación del fragmento. No deja de ser curioso que en unos momentos en que es indudable la validez del concepto “equipo”, en que nada puede hacerse sin los circuitos o en que buena parte de los actos creativos son consecuencia de la correspondencia entre los lenguajes, muchos artistas de muy variado signo, tendencia, disciplina o significación, revaliden una y otra vez el valor del fragmento como una filosofía expresiva. Flores usa el fragmento pero no como una parte seleccionada de otras estructuras superiores, sino en base a la autonomía gráfica que determinados fragmentos tienen per se. De ahí que sus libros-esculturas aporten la seguridad de lo objetivo por encima de lo que podría ser muy bien ambigüedad de lo aleatorio.

Cinco propuestas artísticas en el Parlamento de Andalucía

(Fragmento del catálogo)